

son a su vez el origen de las generaciones que les siguen. Dar al cielo testimonio de su reconocimiento, es el primer deber del hombre, y mostrarse reconocido a sus mayores, es el segundo deber que tiene que cumplir. Para llenar este doble deber é inculcar su obligación a las generaciones futuras, el santo hombre Fu-hi estableció ceremonias en honor del cielo y de los antepasados; determinó que inmediatamente despues de haber ofrecido al *Chang-ti*, se rindiera homenaje a los antiguos predecesores; pero como el *Chang-ti* y los antepasados no son visibles a los ojos del cuerpo, creyó buscar en el cielo que se ve emblemas para designarlos y representarlos.

«Antes que vayais más adelante, interrumpió Tin-Kong, decidme, os ruego, ¿por qué no se honra al *Chang-ti* (emperador augusto) del mismo modo por todas partes?»

«Porque es necesario, respondió Kung-Tseu, que en el ceremonial que se observa haya una notable diferencia entre el hijo del cielo (el emperador) y los demás soberanos. El hijo del cielo ofreciendo al *Chang-ti*, representa el cuerpo entero de la nación; él le dirige sus plegarias en nombre y por las necesidades de toda la nación.

«Los demás soberanos, no representando cada uno más que una parte de la nación que ha sido confiada a sus cuidados, no ruegan al *Chang-ti* más que en nombre y por las necesidades de los que representan. Volviendo a lo que antes os decía: el *Chang-ti* está representado bajo el emblema general del cielo visible; representase también bajo los emblemas particulares del sol, de la luna y de la tierra, porque por su mediación gozan los hombres de los beneficios del *Chang-ti* en la conversacion, utilidad y distracciones de la vida.

«Por su calor bienhechor, el sol da vida a todo y vivifica todas las cosas. Es a nuestros ojos lo que hay de más brillo en el cielo; él nos alumbrá por el día, y como si deseara no dejar de alumbrarnos un instante, parece que substituyó a la luna para suplir en su ausencia y ocupar su lugar durante la noche. Observando sus movimientos y combinándoles uno con otro, han llegado a distinguir los hombres los tiempos por las diferentes operaciones de la vida civil, y a fijar las estaciones para no confundir el orden de los cultivos que deben a la tierra, a fin de sacar de ella y con más provecho la sustancia con que ella recompensa tan liberalmente.

«Con objeto de dar pruebas de su sensibilidad y de su reconocimiento de una manera que guardara analogía con los beneficios, y que recordara su memoria, determinaron los antiguos el día del solsticio de invierno, porque este es el día en que el sol, despues de haber recorrido los doce palacios que el *Chang-ti* parece haberles asignado para su morada anual, comienza de nuevo su carrera para distribuir otra vez sus beneficios.

«Despues de haber satisfecho en cierta manera a sus obligaciones para con el *Chang-ti*, al que como príncipe universal de todo lo que existe eran deudores de su propia existencia, sus corazones se inclinaban como ellos hacía

aquellos que por vía de generacion les habían transmitido sucesivamente la vida. Fijaron en su honor respetuosas ceremonias para que fueran como el complemento del sacrificio ofrecido solemnemente al *Chang-ti*, y por ellas terminaba este augusto acto de la religion de nuestros primeros padres. Los *Tcheu* juzgaron oportuno añadir alguna cosa a este ceremonial; instituyeron un segundo sacrificio que debía ofrecerse solemnemente a *Chang-ti* en la estación de la primavera, para darle gracias en particular por los dones que concede por medio de la tierra, y para suplicarle impidiera que los insectos que entonces comienzan a agitarse para buscar sus alimentos perjudicasen a la fecundidad de la madre comun. Estos dos sacrificios no pueden ser ofrecidos en el *Kiao* con solemnidad más que por el hijo del cielo; el rey de *Lu* no debe ni puede ofrecerlos. Por esta prerogativa que va unida a su dignidad, es por la que el hijo del cielo se diferencia de los demás soberanos.

«Comprendo todo esto, dijo Ting-Kung; seguid dándome vuestras instrucciones sobre este importante artículo, y ponedme al alcance de todo lo que concierne al *Kiao*, al *Tau*, a las víctimas, a los utensilios y a las demás cosas que son útiles al hijo del cielo, fuera de los grandes sacrificios.»

«Lo que se llama *Kiao*, respondió Kung-Tseu, es hoy un edificio cercado de murallas, en cuyo recinto hay una elevación a la que se ha dado el nombre de *Tau*. Se escogió para la construcción de este edificio un lugar fuera de las murallas de la ciudad por la parte sur, porque el *Chang-ti* está representado bajo el emblema del sol, y el sol aparece como haciendo su carrera en esta parte del cielo. Han levantado en el interior de este edificio el *Tau*, y se le ha dado una forma redonda para dar a entender que las operaciones del cielo y de la tierra, dirigidas por el *Chang-ti*, con ventaja de todo lo que existe, irán sin fin siguiéndose y sucediéndose sin interrupción, y comenzando de nuevo para volver a sucederse con la misma regularidad.

«Para el gran sacrificio que el hijo del cielo ofrece el día de solsticio de invierno, un toro joven cuyos cuernos comienzan a despuntar, que no tenga defecto alguno exterior, y que sea de un color que tire al rojo; esta es la sola víctima que debe ser inmolada despues que haya sido alimentada por espacio de tres meses en el interior del *Kiao*. Un toro, cualquiera que sea, basta para el sacrificio menos solemne que despues de los *Tcheu* ofrece el hijo del cielo al *Chang-ti* en la estación de la primavera, en reconocimiento de los beneficios con que nos colma, en particular por medio de la tierra. Por todo lo que acabo de recordar a vuestra majestad, comprenderá, sin duda, que bajo cualquiera denominación que se rinda el culto, cualquiera que sea el objeto aparente, y de cualquiera que sea la naturaleza de las ceremonias exteriores, siempre es a *Chang-ti* a quien se rinden; *Chang-ti* es el objeto directo y principal de la veneración.

«No tengo la menor duda sobre este artículo, repuso Ting-Kung. Acabad, yo os lo rue-

go, y decidme por qué el hijo del cielo hace las ceremonias en honor de sus predecesores en el interior del *Kiao*.

«La costumbre de rendir homenaje a los antepasados en el interior del *Kiao*, repuso Kung-Tseu, es de tiempo inmemorial. Se ha tenido a la vista para su establecimiento los testimonios de aquellos que les eran deudores de la vida, y de todo cuanto constituía su estado civil, que en nada había variado en sus sabias instituciones. Antes del sacrificio se les advertía lo que se iba hacer; despues del sacrificio se les anunciaba lo que se había hecho. Al advertirles lo que se iba a hacer, pedíaseles las órdenes necesarias para no hacerlos más que cuando ellos prescribieran; al anunciarles lo que se había hecho, dábales una prueba de completa sumisión a su voluntad, puesto que no se hacía más que lo que ellos habían ordenado, y cuando ellos lo disponían (1).»

Vése por aquí de qué manera Confucio entendía el culto que se daba a los espíritus y a los antepasados.

Interrogado por otro rey acerca de la naturaleza del hombre, hizo distinguir tres cosas, el cuerpo, el soplo de la vida y la sustancia intelectual, y terminó así su respuesta: «El hombre no había llegado al término de la plenitud de la vida, sino por grados y por vía de expansión; tampoco llega, a no ser por grados y por el camino de destrucción, a su término final. Esta destrucción, sin embargo, no es una destrucción propiamente dicha, es una descomposición que eleva cada sustancia en su estado natural. La sustancia intelectual se remonta al cielo de donde había venido; el *Ki* ó el soplo se une al flúido aéreo, y las sustancias húmedas y terrestres se vuelven tierra y agua. El hombre, dicen los antiguos sabios, es un sér aparte, en el que están reunidas las cualidades de todos los demás séres. Está dotado de una inteligencia de perfectibilidad, de libertad y de sociabilidad; es capaz de discernimiento, de comparación y de actividad para alcanzar un fin, y de emplear los medios al efecto pertinentes. Puede perfeccionarse ó depravarse siguiendo el bueno ó mal uso que haga de su libertad; conoce las virtudes y los vicios, y sabe que tiene deberes que cumplir para con el cielo, para consigo mismo y para con sus semejantes. Si cumple con todos estos deberes es virtuoso y digno de recompensa; es culpable y merece castigo si los desprecia ó descuida. Hé aquí, pues, señor, un pequeño resumen de lo que podría decirse sobre la naturaleza del hombre (2).»

En otro lugar hemos visto que los antiguos sabios de la China no ignoraban que el hombre había pecado. Tampoco ignoraban que había de venir un santo, un redentor enviado del cielo para reparar su falta.

Grande es el camino del santo, exclama Confucio. Es como el Océano; produce y conserva todas las cosas; su sublimidad toca con el cielo. Grande es y rico!... Esperamos un hombre

que sea capaz de seguir esta vía; porque dicho está que si uno no se halla dotado de la suprema virtud, no se puede llegar a la cima del camino del santo (1).»

Despues de haber recordado varias veces a este santo hombre que había de venir, añade: No hay en el universo más que un santo que pueda comprender, iluminar, saber y bastar para gobernar, cuya magnanimidad, afabilidad y bondad contengan a todos los hombres, cuya energía, valor fuerza y constancia puedan bastar para dirigir, cuya pureza, gravedad, equidad y rectitud basten para ganarse el respeto, cuya elocuencia, regularidad, atención y exactitud basten para discernirlo. Su grandeza es una fuente profunda, grande como el cielo, profunda como el abismo; el pueblo, cuando él se hace presente, no puede faltarle al respeto; si habla, no hay nadie que no le crea; si obra nadie hay que no le aplauda. De esta suerte su nombre y su gloria pronto han de inundar el imperio, dándose a conocer entre los bárbaros del Mediodía y del Norte, hasta donde pueden arribar las embarcaciones y los carros, hasta donde las fuerzas del hombre pueden penetrar por todos los lugares que el cielo cubre y que la tierra soporta, esclarecidos por el sol y la luna, fertilizados por la escarcha y la niebla. Todos los séres por quienes circula sangre y respiran, le honrarán y amarán, y puede compararse con el cielo (Dios).

Cierto día consultó a Confucio el ministro de su rey y le dijo:—Maestro, ¿no sois vos un santo hombre? A lo cual contestó:—Por mucho que esfuerzo mi memoria no recuerdo a nadie que sea digno de este nombre.—Pero, repuso el ministro, los tres reyes fundadores de las tres primeras dinastías, ¿no fueron acaso santos?—Los tres reyes, respondió Confucio, dotados de excelsa bondad, fueron dotados de suma prudencia y de una fuerza invencible; pero yo, *Khieu* (pequeño), no sé que fueran santos. El ministro replicó:—Los cinco señores, ¿no fueron santos?—Los cinco señores, dijo Confucio, dotados de excelsa bondad, ejercitaron la caridad divina y practicaron la más inalterable justicia; pero yo, *Khieu*, no sé si han sido santos. El ministro le preguntó todavía:—¿No han sido santos los tres Augustos?—Los tres Augustos, respondió Confucio, obrarían segun las circunstancias de su tiempo, pero yo, *Khieu*, ignoro si fueron santos. El ministro, lleno de sorpresa, le dijo por último:—Si esto es así, ¿a quién se puede llamar santo? Confucio, conmovido, respondió sin embargo con dulzura a esta pregunta:—Yo, *Khieu*, he oído decir que en las comarcas occidentales había (ó habrá) un santo hombre, que sin ejercer acto alguno de gobierno, había de prevenir todas las turbaciones, que sin hablar inspiraría una fe espontánea, que sin producir cambios haría un océano de acciones (meritorias). Ningun hombre podrá decir su nombre, pero yo, *Khieu*, he oído decir que él es el verdadero sabio (2).»

(1) *Vida de Confucio*, p. 2, c. II, 207.

(2) *Vida de Confucio*, p. 277.

(1) *El invariable medio*, traducido por Abel Rémusat, p. 94.

(2) *El invariable medio*, not., p. 144.



Estas palabras verdaderamente notables de Confucio, según las cuales el santo debía aparecer en el occidente de la China, precisamente en la parte donde se halla la Judea, están consignadas en cuatro obras chinas.

Otro hecho no ménos curioso es que en la escritura china hay una clase de antiguos caracteres proféticos y típicos, que los sectarios de Fo-Budda aplicaron á su encarnación. Se sirven en particular de un carácter principal de esta especie, pero este carácter, combinado con el signo *bajar, humillarse*, y el de *nacer, tomar vida*, como dice el Tschangtesien, muy antiguo, y los sectarios le han aplicado á Fo, pero no le han inventado. También añade: «Los antiguos han empleado este carácter de escritura para designar aquel que por su riqueza enriquece á los demás y por su dignidad y excelencia les ennoblece. El nombre de *Santo*, dice Wan-ki, designa aquel que todo lo conoce, todo lo ve y todo lo oye. Sus pensamientos son todos verdaderos, sus acciones muy santas. Su palabra es doctrina, su ejemplo es regla. Reune en sí tres órdenes de seres, y posee todo bien. Es celestial y maravilloso. El libro *Tchao-sin-tu-hoc* dijo: El santo es tan elevado y profundo, que es inescrutable. Sólo él es quien posee la sabiduría sin límites. El porvenir es claro á sus ojos. Su amor abraza al universo y le vivifica cual la primavera. Está con el Thian (el cielo Dios). Siguiendo el libro *Luncheu*, el corazón del Thian está en el pecho del santo, y en sus labios la doctrina del Thian. El mundo no puede conocer al Thian sin el santo. Siguiendo el Y-king, no hay sino el santo que pueda ofrecer al Chang-ti un sacrificio agradable. Los pueblos esperan al santo, dice Meng-Tseu, como las plantas secas las nubes y las lluvias.

Quizás pudiera decirse que se entiende con esto á un santo como Yao, Cün ó Confucio; pero, ¿cómo entender entonces estas palabras que se leen en el prefacio de una célebre obra de filosofía compuesta por un emperador? «Antes del nacimiento del santo, el Tao (el Verbo), residía en el cielo y en la tierra; después del nacimiento del santo, el Verbo reside en él.» ¿Cómo entender las palabras del gran comentario sobre el Chu-King? «El Thian es el santo invisible, el santo es el Thian que se hace visible y enseña á los hombres.» ¿Cómo entender esta glosa sobre el I-King? «Este hombre es el Thian, y el Thian es este hombre.» ¿Cómo además entender estas expresiones? «El hombre divino, el hombre celestial, el hombre único, el hombre por excelencia, el más bello de todos los hombres, el verdadero hombre, el admirable, el primer nacido, etc.» ¿Cómo por último estas expresiones tan frecuentemente usadas por tantos escritores? ¿El renovará el mundo, cambiará las costumbres, expiará los pecados del mundo, morirá en el oprobio y el dolor, abrirá el cielo, etc.?

Además de este carácter principal del género típico, hay todavía muchos otros que deben ser considerados como combinaciones siguiendo una tradición primitiva; por ejemplo, la imagen de una nube de lluvia, de la que proceda la imagen de un hijo en su seno ma-

ternal, y significa *deseado*. Y al lado se ve al personaje que está esperando; es la imagen del hombre, de un sábio, según la antigua doctrina. Además una figura humana con el signo diez (que es una cruz), colocado sobre un corazón, y significa *amor, misericordia*. Un gran número de caracteres típicos se agrupan al rededor de la imagen del hombre, el que *perdona en su corazón*, en la imagen de la prision, *cargado de iniquidades*. El Cüven añade: Es también el nombre de un pueblo en el Tatsin (la gran China, el Occidente, el imperio romano), que está lleno de caridad; pero la caridad es el germen de una larga vida, y este pueblo tiene un rey que no muere nunca. La idea de una virgen madre se encuentra frecuentemente, no solamente en la tradición china, sino también en los Kings, libros canónicos redactados por Confucio. Los santos, los sábios, los libertadores de los pueblos nacen de las vírgenes. Los santos y los sábios, dice el Cüven, fueron llamados hijos de Dios (hijos del cielo, Thian-Tseu), porque sus madres les habían concebido por el poder del cielo. Kog-Fang-Tseu dice también más claramente: «El santo no tiene padre, es concebido por obra del cielo.» Se da tanto valor á esta idea, que cada dinastía atribuye esta prerogativa á su fundador. Por último, en la China, como en la India, se reconoce que es necesaria una concepción y un nacimiento puros.

También los nombres de la Virgen sin mancha son notables; se la llama la belleza esperada, la Virgen que se ensalza, la Virgen pura, la felicidad universal, la gran fidelidad que halla su adorno en sí misma. El Chi-King, canta á la madre de Hoang-ti, uno de los emperadores casi fabulosos. Ella ofreció su oración y su sacrificio por que viniera el deseado, y mientras estuvo ocupada en este gran pensamiento, el soberano señor (Chang-ti) la oyó; y en aquel mismo momento y lugar sintió estremecerse sus entrañas y quedó penetrada de un respetuoso recogimiento. De esta suerte concibió y dió á luz á Hoang-ti, como á tierno cordero sin lesión, sin esfuerzo, sin dolor y sin mancha. ¡Maravilla celestial! Pero el soberano señor no tiene más que desear. La tierna madre le dió á luz en una cabaña cerca del camino; los bueyes y corderos la calentaban con sus halitos; los habitantes de los bosques acudieron á su presencia, á pesar del riguroso frío; los pájaros volaron hácia el tierno niño, para cubrirle con sus alas; pero él mismo hizo oír su voz á los leños, etc. Estos cantos y otros semejantes del Chi-King, en honor de las madres vírgenes y de sus celestiales hijos, no son, según todas las apariencias, sino aplicaciones de una antigua profecía, cuyos vestigios se encuentran entre los pueblos más civilizados del Oriente, y hasta en América. Una glosa del Chi-King, añade: «El Thian (el cielo), quiso manifestar su poder y mostrar cuán por encima de los demás hombres está el santo.» El nombre de la madre de Hoang-ti está compuesto de dos caracteres: el primero contiene un cordero y una virgen, el otro una fuente y una virgen. El carácter *niu*, que allí se encuentra dos veces, designa una hija de una virtud pura, con las manos unidas, mo-



destamente sentada, en calma y reflexionando (1).

En cuanto á la de moral, hé aquí lo que en sustancia era la de Confucio. «Yo no os enseño nada, decía á la multitud, que no aprenderiais de vosotros mismos, si hicierais un legítimo uso de las facultades de vuestro espíritu. Nada tan natural, nada tan sencillo que los principios de esta moral cuyas máximas trato de inculcaros. Todo lo que yo os digo lo han practicado nuestros sábios antes de nosotros; y esta práctica, que en los remotos tiempos era universalmente adoptada, se reduce á la observancia de las tres leyes fundamentales de relación entre los soberanos y los súbditos, entre los padres y los hijos, entre el esposo y la esposa, y en la exacta práctica de las cinco virtudes capitales que basta indicárlas para hacerlos comprender la idea de su excelencia y la necesidad de ejercerlas. Estas son: la humanidad, es decir, la caridad universal entre los de nuestra especie, sin distinción alguna; la justicia, que da á cada individuo de la especie lo que le es legítimamente debido, sin favorecer á uno más que á otro; la conformidad con las ceremonias y con los usos establecidos, á fin de que los que viven reunidos tengan una misma manera de vivir y participen de las mismas ventajas, así como de las mismas incomodidades; la justificación, es decir, la rectitud de espíritu y del corazón, que hace que se busque en todo la verdad y que se la desee, sin querer engañarse á sí mismo ni engañar á los demás; en fin, la sinceridad ó la buena fe, es decir, la franqueza mezclada de confianza, que excluyen toda ficción y disfraz, tanto en la conducta como en las palabras. Hé aquí lo que ha hecho respetables durante su vida á nuestros maestros, y lo que ha inmortalizado sus nombres después de su muerte. Tomémosles por modelos, empleemos todos nuestros esfuerzos para imitarlos» (2).

De vuelta á su país natal, el reino de *Lou*, Confucio se ocupó constantemente en el trabajo de poner en orden los cinco *Kings* ó libros sagrados de los chinos. El Y-King es un comentario sobre una especie de escritura algebráica en líneas rectas ó quebradas, atribuidas á Fohi; el Chu-King, tratado de moral política, sacado de la historia de la China, desde Yao hasta el tiempo de Confucio; el Chi-King, colección de antiguos cánticos; el Li-King, colección de antiguos ritos; el Yo-King, tratado de la antigua música. Este último se ha perdido. Además de estas cinco obras, que han venido á ser los libros canónicos de todo el imperio chino, Confucio hizo un sexto sobre la historia del reino de *Lou*, su provincia natal. Lo cual hace que algunos cuenten seis *Kings*.

Cuando llevó este trabajo al grado de perfección que quería, Confucio cesó de escribir y no pensó más que en disponerse para la muerte. Pero al terminar su carrera literaria, creyó de su deber dar gracias al cielo por haberle dado bastante vida y fuerzas para poder conducirla hasta su conclusión. Reunió á los

discípulos que le eran más adictos, y con los cuales contaba para la publicación de su doctrina después de su muerte, y habiéndoles conducido al pié de uno de los antiguos cerros cerca del cual se había construido un *Ting* ó pabellón para conservar el recuerdo de él, les mandó erigir allí un altar.

Una vez levantado el altar, depositó en él los seis *Kings*; después hincándose de rodillas, con el rostro vuelto al Norte, adoró el cielo, y le dió gracias con los sentimientos del más sincero reconocimiento, por el inmenso beneficio que le había concedido prolongando los días de su vida tanto tiempo como era necesario para poder completar el objeto que sólo le hacía desear el vivir. Se había dispuesto para esta piadosa ceremonia por la purificación y el ayuno; la terminó con la ofrenda completa y sin reserva de su trabajo (1).

Después de los cinco libros del maestro, vienen cuatro libros de su escuela: 1.º el Ta-hío ó la gran ciencia, que trata en particular de la necesidad de conocerse y de dirigirse á sí mismo, antes de pensar en ilustrar los pueblos y gobernar los imperios. El primer capítulo es el propio texto de Confucio, los otros diez son desenvolvimientos por su discípulo Tseng-Tseu: 2.º el invariable medio ó de la razón y de la sabiduría verdaderas, de los medios de evitar ó de vencer todos los extremos en el camino de la ciencia y de la virtud: 3.º el Lun-yü ó libro de las conversaciones, que contiene las conferencias de Confucio con sus discípulos: 4.º los escritos de Meng-Tseu ó Mencio.

Meng-Tseu nació el año 398, cerca de ochenta años después de la muerte de Confucio, y murió el año 314 antes de la era cristiana, contemporáneo de Platon y de Aristóteles. Recogió la herencia de Confucio desenvolviendo sus principios, como Confucio había recogido la herencia de los más antiguos.

Así es honrado en la China como el segundo santo, siendo considerado Confucio como el primero. Su forma de argüir es una especie de ironía. No contesta nada á sus adversarios, pero concediéndoles sus principios, se limita á sacar las consecuencias absurdas que les cubren de confusión. No perdona ni aun á los grandes y los príncipes de su tiempo que frecuentemente no se desdaban el consultarle, para tener ocasión de celebrar su conducta, ó para obtener de él los elogios que creían merecer.

El rey Wei, uno de los príncipes cuyas disensiones y perpétuas guerras desolaban la China en esta época, exponía con complacencia á Meng-Tseu los cuidados que tomaba para hacer feliz á su pueblo, y le mostraba su extrañeza por no ver su pequeño estado ni más floreciente, ni más poblado que los que estaban próximos á él: «Príncipe, le respondió el filósofo; amais indudablemente la guerra; permítidme traer aquí una comparación: dos ejér-

(1) Windischmann, p. 363 y siguientes. Memoria manuscrita de los A. R. P. P. jesuitas de la China.

(2) *Vida de Confucio*, p. 139.

(1) *Vida de Confucio*, p. 379.